

Pasamos revista a la crítica

De los artículos que los comentaristas oficiales de los periódicos santiaguinos nos han dado a conocer en los dos meses últimos, hemos seleccionado algunos párrafos de tres de ellos, por considerarlos representativos de criterios hoy en proceso de difusión entre nosotros. El que los incluyamos en las presentes páginas no indica nuestra conformidad con las opiniones sustentadas por aquellos críticos. Nosotros solamente cumplimos con el ánimo de informar sobre asuntos y comentarios en torno a libros de historia americana y chilena.

“Historia de la cultura en la América Hispánica”, por Pedro Henríquez Ureña (Fondo de cultura Económica, México, 1947).

Henríquez Ureña ha reducido un gigantesco material erudito a ordenada síntesis de los aportes americanos en los terrenos de las artes, ciencias y letras, desde lo que los aborígenes allegaron a la cultura occidental hasta las más valiosas expresiones de nuestro estado presente en esas materias. No es, pues, una acumulación de nombres, datos y fechas, sino un ágil recuento de un avance lento, salpicado de dificultades, matizado de influencias artísticas

o literarias, modesto en resultados filosóficos, pero más ancho en lo que concierne a la interpretación del mundo en torno de la naturaleza o de las costumbres de los indios, criollos, mestizos y negros. No es América un asunto despreciable ni podemos hoy menoscabar lo que ojos más experimentados de Europa consideran un cosmo de singular deleite, que determinó grandes sorpresas y picó la curiosidad de humanistas como Montaigne, de escritores como Cervantes, de poetas como Góngora y Lope de Vega, de filósofos como Voltaire, Diderot, Bougainville, Marmontel y el abate Raynal. Hemos leído recientemente un extraordinario estudio de Gilbert Chinard, que lleva el título de **"L' Amerique et le Reve Exotique dans la Littérature Francaise au XVIIe et au XVIIIe Siecle (París, Librairie E. Droz, 1934)** que tiene conclusiones realmente notables, como ser la acción de los misioneros jesuitas, franceses sobre los posteriores enciclopedistas en su apreciación del "hombre natural", lo que se produjo a raíz de la seducción de los climas, costumbres y paisajes americanos.

El notabilísimo ensayista dominicano ha encarado en su panorama lo mismo que ya ha promovido el interés de otros investigadores. No hay motivos para avergonzarse de América, a pesar del tremendo y negativo ataque de Papini, algo sugestionado por los mitos occidentales. Vivimos todavía en la atmósfera cultural del Viejo Mundo, pero muchas de sus puras esencias creadoras quizá se preservarán religiosamente en un espacio, donde no germinan las ansias de la destrucción física. Henríquez Ureña detalla los matices impresos al castellano por los americanismos y recuerda que varias de esas voces ya tienen categoría universal, como barbacoa, batata o patata, batea, bohío, carey, hamaca, huracán, iguana, maírz, maní, papaya, tabaco, yuca, aparte de las pocas caribes tan singulares como piragua y quizá butaca de las tupí-guaraní copaiiba, jaguar, mandioca, tapir, tucán y tupinambo. El cultivo de las plantas que alcanzó gran desarrollo en nuestro continente, ha dado a la civilización muchos de sus productos fundamentales: el cacao, el maíz, la papa o patata, la batata o camote, la yuca o mandioca, el tomate, el aguacate o palta, el maní o cacahuete, la guayaba, la papaya o lechosa, el ananás o pina, el zapote y el zapotillo (que además de sus frutos da el chicle), los árboles de donde se extrae el caucho, el tabaco; los cactus, el henequen o sisal, el maguey, la yerba mate, la quina, la ipecacuana, la jalapa, el guayaco, la zarzaparrilla, la coca, la vainilla, el palo de campeche, el palo brasil, el quebracho, la bija o achiote, la caoba, el jacarandá o palisandro, y especies de frijoles o judías, de calabazas, de ajíes o chiles, de palmeras, de pino y de algodoneros (página 15).

El aporte europeo tiñó la imaginación occidental, modeló historias y relatos desconcertantes que hicieron perder la cabeza a realistas castellanos o a ingleses acostumbrados a sortear mares y dificultades. Embrujó a los cerebros con la atracción de tesoros fabulosos, de riquezas capaces de convertir en potentados a oscuros descamisados, como el Dorado, la ciudad de Paititi o la de los Césares. No faltaron hombres de categoría que quisieron venir a estos pueblos, como Cervantes y grandes literatos de la importancia de Marco Alemán o de Bernardo de Balbuena, residieron buen tiempo el uno en México y el otro en México y Santo Domingo. El primer escritor americano que conquistó fama perenne fué el mexicano Juan Ruiz de Alarcón, y los europeos supieron de las gestas araucanas o de los tesoros peruleros mediante el poema de Alonso de Ercilla y por los **Comentarios Reales** del Inca Garcilaso. Menos suerte tuvo nuestro cándido jesuita el terso escritor Padre Alonso de Ovalle, olvidado en el recuento de Henríquez Ureña.

En la **Historia de la Cultura en la América Hispánica** se reducen luengos estudios y enormes lecturas a materia comprensible y humana, calurosa y

fácil de asimilar. No hallamos en sus capítulos esa superficie paquidérmica de la erudición americana, adicta al detalles, a las citas, a lo profuso.

Henríquez Ureña sabía cautivar con su sentido mesurado y humilde en el modo de exponer sus opiniones, pero que en el fondo ocultaba la fuerza de una mente sabia y segura y una disciplina humanística de primera clase. ¡Cuán distante se encontraba de esos áridos historiadores de la literatura que acumulan todo lo que hallan en los desvanes del pasado, en mustios archivos y en apolillados mamotretos! La ciencia suele dar seguridad y un sentido de orientación, pero a veces también hace perder la perspectiva justa. No es este el momento de establecer comparaciones desagradables, pero en la **Historia de la Cultura en la América Hispánica** muchos podrán percibir ausencias, limitaciones y omisiones voluntarias, pero nunca falta de calidad y señorío en la exposición de la ardua materia. Es un ensayo que insinúa lo mucho que Henríquez Ureña alcanzó a meditar sobre nuestro destino cultural, antes de que la muerte le impidiera dar cima a un más vasto panorama en que pusiera a prueba su sólida erudición y su sagaz instinto crítico.

(De **Ricardo Latcham**. Diario "La Nación". 5 de octubre de 1947).

"Las ideas políticas en Chile", por Ricardo Donoso (Colección Tierra Firme, vol. 23, México, 1947).

Hemos leído con apasionado interés este libro escrito por el erudito Director del Archivo Nacional, don Ricardo Donoso, a quien don Arturo Alessandri Palma ha colocado en el "índice" de sus desafectos, por el delito de haber juzgado como se merece la peregrina historia de Chile escrita por el divulgador de la frase "el odio nada engendra; sólo el amor es fecundo".

Ricardo Donoso, en su libro editado en México y que ocupa el volumen 23 de la colección "Tierra Firme" del Fondo de Cultura Económica, naliza con prolijidad de entomólogo la evolución de las ideas y de las actitudes ideológicas de Chile, desde el período de su cuna cívica hasta el período inmediatamente posterior al Gobierno del Presidente, don José Manuel Balmaceda.

¿Cómo se generó la independencia? Ricardo Donoso proyecta luces magníficas sobre novedosos aspectos de las génesis de nuestra nacionalidad. Como siempre, los intereses creados produjeron grandes tropiezos. El caso de los mayorazgos es representativo de la forma en que Ricardo Donoso analiza la evolución de las ideas emancipadoras en Chile.

La lucha entre la tolerancia y la intolerancia religiosa ocupa varios capítulos. La discusión en torno del latín y su influencia en la cultura ofrece un mirador soberbio en el libro de Ricardo Donoso para estudiar el pasado.

Cuando el autor ausculta el proceso y la pasión sufrida por la libertad de imprenta en Chile se advierte cómo los episodios se repiten con sorprendente similitud a través del tiempo y los hombres.

La libertad electoral es otro capítulo alucinante en el libro de Ricardo Donoso, cuyo espíritu enaltecería el brillo de que debe estar rodeada la Dirección de la Biblioteca Nacional en una República democrática como es, para ventura nuestra, nuestro país.

(De **I. E. M.** Revista "Ercilla". 7 de octubre de 1947).

"Historia de Chile" (Tomo VIII), por Francisco Encina (Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1947)

El tomo VIII gravita casi exclusivamente sobre la Expedición Libertadora al Perú y ésta, a su vez, gira en torno a la úlcera gástrica del Libertador argentino, aunque acaso sería más propio decir no gira, no se mueve, se que-

da estacionaria y fracasa, al fin, debido a esa úlcera y a las cantidades de opio que su víctima ingería.

Una úlcera al estómago o bien al duodeno — (ignoramos cuál de ellas atacaría al prócer: probablemente la última, menos maligna y, al fin, curable, ya que San Martín sobrevivió) — se parece al dragón de la fábula, al buitre mitológico; quien la haya padecido no se sorprenderá de que por ella puedan malograrse misiones históricas.

Según el señor Encina, el primer ataque serio lo habría tenido San Martín sobre la cumbre de Chacabuco. La úlcera, enfermedad nerviosa, propia de intelectuales, comienza por el sacudimiento de la imaginación con el trabajo del cerebro.

Desde esa cumbre, San Martín, no hace sino bajar.

Ya la historia de la Expedición Libertadora del Perú no es sino la historia patética de tal descenso con sus incalculables consecuencias.

El señor Encina ha puesto, al escribirla, una claridad de visión, una energía de estilo y un colorido tan fuerte, tan penetrante, que difícilmente dejará de imponerse hasta a los más refractarios.

Véase, entre muchos, este párrafo:

“Hasta 1818, San Martín es una cabeza realista. Abriga un ideal; vive y obra sólo en vista de él; pero pisando firme en la realidad. Su cerebro advierte los obstáculos y los contrastes entre los propósitos y las posibilidades y acomoda a estas últimas su actuación. Sin desistir del fin, modifica los medios de acuerdo con los sucesos y, en vez de estrellarse contra los obstáculos, los rodea. En cambio, su plan libertador de 1820, se convirtió en una concepción fija, en la cual debe encerrarse la realidad topográfica, climática, psicológica, política y militar del Perú, quepa o no en él. Si no cabe, tanto peor para la independencia del Perú. Brega dos años a brazo partido en apariencia por independizar al Perú, y en realidad por embutir su situación militar y revolucionaria en el molde fabricado por su cerebro. El flexible y oportunista general de 1817, se ha convertido en este terreno en un sonámbulo que camina por el techo de un edificio elevado con rumbo a una meta quimérica...”

Como no hacemos crítica histórica sino literaria, se nos permitirá detenernos en la calidad del estilo del señor Encina.

Es muy interesante.

No se preocupa gran cosa de la corrección, de la pureza gramatical o lexicográfica, aunque tampoco falta gravemente a ellas. Si se apartan algunas locuciones sabias, de técnica filosófica o sociológica, parcamente distribuidas, y otras que él usa en sentido muy personal, cuando habla, por ejemplo, de los “desconformados cerebrales”, del “palimsesto que se produce en los hombres a cierta edad, entre los cuarenta y cinco y los cincuenta”, del “embalsamiento en una idea”, etc., en general puede advertirse que tiende a escribir como todo el mundo, en forma llana, casi hablada.

Analizando la entrevista de Guayaquil, absolutamente secreta entre San Martín y Bolívar, y refiriéndose a ciertas imposturas circulantes, no teme reírse de los que han “comulgado con esta rueda de carreta”. Más allá, ante cierta mala noticia, un general “se quedó de una pieza”, otro, más lejos sale “con la cola entre las piernas”, expresiones familiares, sabrosas de hombre que siente lo que dice y estampa su impresión antes de trasponerla al lenguaje literario, es decir, antes de enfriarla y destañirla.

La Expedición Libertadora al Perú y el esfuerzo que hizo Chile para equiparla conmueven sus entrañas.

Obsérvese la concisión con que la resume:

“Entre 1817 y 1820, todas las energías chilenas se transformaron en una

fábrica destinada a forjar la Expedición Libertadora del Perú. Todo lo que era Chile, los músculos de sus hombres, los productos de su suelo, los metales de sus minas, los pobres ahorros de sus pobladores y su crédito incipiente, se consumieron en alimentar la fábrica; y de ella había surgido, armado de pies a cabeza, un nuevo ejército superior al que atravesara los Andes en 1817. El milagro de Cuyo se había repetido, esta vez sin que San Martín necesitara tomarse otro trabajo que mover la llave y echar a andar la máquina”.

(De **Alone**. Diario “El Mercurio” de Santiago. 9 de noviembre de 1947.

